



PYRENAICA

ANALÉS DE LA FEDERACION VASCO-NAVARRA DE ALPINISMO

*"...para el fomento de la noble afición a la montaña,
las enseñanzas del excursionismo y el amor a la
Naturaleza, con especial interés en lo que afecta
al País Vasco Navarro.."*

MONTAÑISMO-TURISMO Y EXCURSIONISMO-ARTE Y ARQUEOLOGIA-TOPONIMIA
Y ESPELEOLOGIA-ESTUDIOS E INVESTIGACIONES

VOL. I

OCTUBRE - NOVIEMBRE - DICIEMBRE, 1926

NÚM. 3

ES PROPIEDAD.—DERECHOS RESERVADOS.—AUTORIZADA LA REPRODUCCIÓN CITANDO LA PROCEDENCIA
EDITORIA: FEDERACIÓN VASCO-NAVARRA DE ALPINISMO.—DIRECCIÓN POSTAL: BILBAO-ORUETA, 2.-CLUB DEPORTIVO

A LA CÚSPIDE DE EUROPA

UNA EXCURSIÓN A MONT - BLANC

UNA obsesionante y antigua aspiración de alguno y una idea lanzada después de una excursión pirenaica, hicieron que se cruzaran cartas, se estudiaran itinerarios y nos pusiéramos en camino, en automóvil, desde Bilbao, o atravesando el Pirineo a pie y a caballo, para coincidir los cuatro en Tolouse, camino de Mont-Blanc, el 4 de Septiembre pasado.

A las doce de la noche salimos con dirección a Chamonix, vía Lyon, un poco preocupados por la frase: *les Alpes ne sont par les Pyrenées*, oída de boca de una autoridad francesa en alpinismo. La preocupación aumenta al deslizarse el rápido Marsella-París por la hermosa vega del Ródano y dejarnos ver un celaje obscuro, presagio de tormenta al N. E., donde se encuentra nuestra meta.

Dejamos en Lyon el rápido para tomar el directo a Saint Gervais-les-Bains, abandonando en Culoz la línea de Ginebra, y al admirar los hermosos paisajes que ofrecen las estribaciones del Jura, el grandioso lago Bourget, cuya orilla sigue el ferrocarril en

12 kilómetros, el bellissimo balcón a que nos asomamos antes de descender a La Roche sur-Foron, al pie del río alpino, el Arve, y el mejor aspecto que presenta el cielo, el buen humor se nos vuelve a despertar abriéndose nuestra esperanza al buen éxito de la empresa.

Ya de noche, transbordamos en Saint Gervais al ferrocarril eléctrico de Chamoix, a donde llegamos a las diez. Una hermosa noche, completamente despejada, dejando ver el macizo de Mont-Blanc, cerrando el horizonte y alumbrándola con su blancura, acaba por convencernos de nuestra buena estrella.

Después de un sueño reparador nos lanzamos al día siguiente a la ascensión. Nuestro primer encuentro frente al Hotel, es el del grupo escultórico, obra de Salmson, que representa a De Saussure y Balmat, el sabio y el guía que vencieron al Mont-Blanc en 1786. Balmat está señalando al sabio el camino que ha seguido para dominar la cumbre; le está contando las penalidades de sus cuatro días de infructuosos intentos, y su tercera noche, sobre todo, en el Grand Plateau, en constante movimiento para no helarse.

De Saussure en 1760, como consecuencia de su primer viaje a Chamonix, prometió una buena recompensa al que encontrara una ruta practicable para llegar a la cima del gigante de los Alpes. Después de muchas tentativas, el 8 de Agosto de 1786, Balmat alcanzó la cumbre acompañado del Dr. Paccard. De Saussure subió con el guía al siguiente verano, determinando barométricamente y por vez primera, la altitud de Mont-Blanc.

Orientados por la Oficina del Touring Club francés, visitamos la de los guías, fijando las condiciones de la ascensión: adquirimos los correspondientes piolets, guantes, gafas, etc., imprescindibles para la jornada, y decidimos entrenarnos algún tanto haciendo una visita al Mar de Hielo.

Ascendemos por la tarde a Montenvers por el ferrocarril de cremallera, a vapor, de 5 kilómetros de longitud y 872 metros de desnivel. Los coches van llenos, quedando gente en los andenes: no nos extraña que al año suban más de 100.000 viajeros. ¡Diferencia de la comodidad de la ascensión de hoy a la que debieron usar los buscadores de cristal de roca hace algunos años!

Al descender en la estación de término, a la cota 1909, el espectáculo que se presenta a nuestra vista es imponente. Un inmenso río de hielo, de 700 metros de anchura, con grandes grietas, como señalando las ondas petrificadas de su superficie, silencioso, parece inmóvil, pero avanza lentamente. En su fondo, limitados por ingentes agujas, se recortan sus afluentes: el glaciar de Talefre, encerrado entre las agujas del Drú (la más valiente) la Verde, la Triolet y la de su nombre, el glaciar de Leschaux con las agujas de su nombre, La Dome de Rocheford y la de Tacul, y los glaciares de Tacul, Vallée Blanche, y Gigante, el más hermoso, con sus imponentes *seracs* (pirámides enormes de hielo) con las agujas de la Torre Redonda, la Gigante, Plan y Charmoz.

En la parte que admiramos se destaca su marcha recta, sin las sinuosidades de los ríos por la falta de fuerza centrífuga. Su superficie no baja de 45 km.², su longitud de 52 km., su espesor medio actual, según Vallot, de 60 metros.

Decíamos que el glaciar avanzaba lentamente y es natural: como cuerpo pesado ha de estar sometido a las leyes de la gravedad y por tanto a su descenso en una pendiente; las leyes de su movimiento son semejantes a las de un líquido muy viscoso, influyendo en su velocidad la pendiente de su lecho, su *perímetro mojado*, como se dice

en hidráulica, y su espesor. El Mar de Hielo es uno de los glaciares de mayor tamaño, de los Alpes pero también de menor pendiente; por eso, su velocidad, a pesar de su gran espesor, no pasa de 38,6 ctm. por día.

Un guía nos conduce por el laberinto de grietas, previa adquisición de *calcetines* para uno de los nuestros que no lleva calzado herrado. La excursión dura una hora, estrenando nuestros piolets en el hielo desnudo.

Descendemos a Chamonix por el mismo camino de subida, contemplando desde el vagón, a vista de pájaro, la *Villa Alpina*, esperanzados por la facilidad de nuestro paseo. Pero al llegar al Hotel nuestros ánimos decaen: un alpinista de aspecto robusto, joven, sale en aquel momento del comedor, apoyado en un amigo, con un aspecto de cansancio y agotamiento enorme: acaba de descender de Mont-Blanc. Al mismo tiempo nos dicen que de una caravana de veintitrés alsacianos, solamente once han alcanzado la cumbre.

Ante tal pesimismo queremos conocer algo del terreno que hemos de pisar al día siguiente y, después de cenar, visitamos el Relieve de Mont-Blanc, espléndida maqueta del macizo, hecha por el guía Demarchi en quince años, a la escala 1 : 4000. Una *madame* nos va señalando con un puntero todo lo característico, los límites del macizo desde el Col de Balme por la frontera franco-suiza a la Tête de Fours, agujas de los Glaciares y frontera franco-italiana, sus valles y contrafuertes producidos por el movimiento glacial, la extensión de éstos (más de 120 km²), la ruta seguida por Balmat y las actuales desde Chamoix y Saint Gervais, para llegar a la cumbre.

De un golpe de vista se domina todo el enorme esqueleto del macizo, constituyendo un vasto sinclinal que en la época terciaria debió levantarse casi al mismo tiempo que nuestros Pirineos. Como en parte de éstos, su masa está constituida por la protogénea, el granito, la piedra fiel del alpinista, que produce valientes agujas, pero que no cambia, que resiste vigorosamente el tirón de sus cuerdas y la pica de su piolet.

Al despedirnos, nuestro cicerone, con una sonrisa maliciosa nos invita a repetir la visita si no conseguimos alcanzar la cumbre: — «Aquí les será fácil dominar el Mont-Blanc».

Al siguiente día, 8, salimos de Chamonix en automóvil, a las 7,30 de la mañana, para empezar en Bossons la subida a pié. La iniciamos a las 8, a la cota 1010, sobre el nivel del mar, sobre una buena senda, constituyendo la caravana dos guías, dos *porteurs* y nosotros cuatro. El ascenso lo hacemos por la Montaña de la Cote, entre el Glaciar de Bossons, cuya margen izquierda seguimos en gran trecho, y el de Taconnaz. Un pequeño descanso en el Hotel de las Pirámides (1895 metros), donde dejamos a dos alemanes con sus guías, que hacen el Mont-Blanc, y a las 11 y 20 llegamos a la parte alta de la Cote, donde el Glaciar de Bossons se extiende hasta el de Taconnaz; poco antes hemos pasado junto a una cavidad formada por la visera de una gran piedra, donde Balmat durmió el primer día de ascensión. Un pequeño refrigerio, y a formar las cuerdas para empezar a pisar el glaciar que no hemos de abandonar en más de 24 horas.

Constituimos dos cuerdas con un guía delante y un *porteur* detrás y durante dos horas andamos sin cesar por el glacial, hacia el Refugio de Les Grands Mulets (3.151 metros) con una serie de rodeos para salvar las innumerables grietas que presenta aquel.

Durante la travesía, un ruido de motor nos llama la atención: es un aeroplano que

desde Ginebra abastece al personal del Observatorio Vallot. Lo vemos evolucionar sobre las crestas largo rato y perderse hacia el O. en dirección a su punto de partida ha debido arrojar su mercancía (1).

Después de una fuerte subida de más de 80 por 100 de pendiente, y atravesar una grieta profunda gracias a una escalera, divisamos el Refugio sobre un gran crestón: es un pabellón de madera, de unos 5 por 8 metros, con una balconada en su frente O.

Deshecha la cuerda al pié de la roca, ascendemos al refugio por un paso difícil; aunque con cable protector. En la puerta, en actitud de marcharse, encontramos cuatro alpinistas con sus guías, que regresan de Mont Blanc. Poco antes hemos encontrado un matrimonio holandés y un alsaciano y en el refugio conversamos con un alemán que con dos guías ha llegado a la cumbre: nos cuenta el malestar que ha sentido al subir y las dificultades de la ascensión desde el Vallot. Nosotros, sin embargo, hasta el momento nos encontramos bien, sin cansancio, únicamente con una ardiente sed que nos es fácil saciar con las provisiones del Hotel.

Al atardecer asistimos desde la balconada del refugio a una maravillosa puesta de sol. En el valle se vislumbra como un hormiguero, Chamonix, extendido a ambas orillas del Arve, jalonándose sus calles y paseos por una profusa iluminación; a nuestros pies Bossons punto de partida, más lejos Praz y Tines, pequeños poblados pertenecientes a Chamonix, en el fondo del valle, Argentière al pié de su magnífico glaciar y del collado de Montels, divisorias entre las aguas francesas y suizas. Frente a nosotros y a nuestra altura se destacan las agujas Rojas con su Belvédère; más al Norte, el Buet y en el fondo al N. O. se vislumbran lejanas montañas que limitan el lago ginebrino. El sol se oculta ante un magnífico celaje rojo y sus últimos reflejos producen sobre la nieve que nos rodea unas tonalidades violáceas desconocidas. Con esta última luz, la gran longitud del glaciar de Bossons, cuya lengua llega a las últimas casas del poblado, parece aumentar y arrollarlo todo y nos hace presumir aquella época glaciar prehistórica en que todo el valle a nuestros pies, como el del Ródano, debió estar cubierto de hielo con un espesor tan enorme, que es muy verosímil que su superficie llegara hasta la altura en que nos encontramos.

Pero en una y otra época, ¿cómo se forma y se renueva esa gran masa de hielo? Es evidente que se mueve, que en su superficie, en el contacto con las rocas y sobre todo en su extremidad inferior se licua en verano, produciendo los magníficos terrentes que se admiran en todo el valle, con su color lechoso como los *mayencos* pirenaicos. ¿De donde procede, por tanto, el hielo que llena los vacíos de esa licuefacción, ya que la masa del helero es aproximadamente la misma todos los años? Las explicaciones de este fenómeno han dado lugar a muchas teorías: la más racional parece la de Vallo, deducida de estudios experimentales.

El hielo del glaciar no es homogéneo como el agua de un río; está formado por pequeños granos unidos, es algo semejante a un hormigón de elementos pequeños. En las altitudes como Mont Blanc, la temperatura ambiente pocas veces hasta cero grados a un metro de profundidades del orden de 5° bajo cero, y a los 15, de 13° bajo cero. A estas profundidades la presión ejercida por las capas superiores es considerable, la nieve se comprime sin poder licuarse; los granos se van uniendo entre sí, constituyendo conglomerados; debemos estar en presencia del hielo. Comprueba lo dicho el estudio

(1) Resultó ser el de Thoret.

de las densidades de la nieve que desde 0,10, a que no llega al caer, pasa a 0,30 al cabo de un mes, a 0,50 al de 4 meses y un metro de profundidad, (hemos tenido ocasión de observarlo en el Pirineo a altitudes de 2,300 mts) y a 0,86 a 15 mts. de profundidad, densidad muy semejante a la del hielo. Es, por tanto, de suponer que como máximo, a esta profundidad se ha transformado la nieve y que en el Glaciar de Bossons, cuyo origen está en la cumbre de Mont Blanc, todo el helero debe formarse a mayor altitud de 4,000 mts. Así también lo comprueba la aparición de los cadáveres de los guías de la caravana del Dr. Hamel. En 1820 una avalancha hizo caer a tres guías en las Rocas Rojas, cerca de la cumbre: al cabo de 41 años el glaciar los devolvió en su extremidad inferior.

Esta formación y este origen del glaciar desde la misma cumbre explica también la permanencia sensible de su altitud por el movimiento de la masa del helero.

* * *

Dormítamos en el refugio, en un ambiente de sudeidad imponente, hasta las dos de la madrugada en que se toca día. A las tres, previo un pequeño desayuno, formamos las cuerdas en la misma forma que el día anterior, y a la luz de la linterna empezamos la gran etapa. Inician la subida al mismo tiempo que nosotros dos alemanes y un checoslovaco, con sus guías.

El frío es intenso y la subida penosa y fantástica a la escasa luz de los faroles; cada viajero ve poco más que las huellas dejadas por el que le precede en la cuerda. A las cinco empieza a amanecer y estamos llegando al Petit Plateau, una pequeña llanura en el glaciar. Se dejan los faroles en la nieve y se sigue la ascensión, ya de día, para llegar una hora más tarde al Grand Plateau, hermoso descanso donde Balmat pasó su tercera noche. Estamos a 3,926 mts. y no sentimos fatiga.

Seguimos ascendiendo, dejando a la izquierda las Rocas Rojas, camino seguido por el descubridor de Mont Blanc, hoy peligroso, y pasando la gran grieta de más de 90 metros de profundidad, por una pendiente más suave que las anteriores, llegamos al refugio y Observatorio de Vallot a las siete veinte. La altitud es de 4,362 mts. y solamente uno de los nuestros que por su peso ha tenido que hacer un esfuerzo enorme, desarrollando más de 28.000 kilogramos más que los restantes, se siente fatigado.

El observatorio y refugio han sido construidos por José Vallot y a sus expensas. En 1887, después de tres días de permanencia en la cumbre en una ligera tienda de campaña, decidió construir su observatorio, consiguiéndolo en 1890. El primer viajero alpino que pernoctó en él fué el sacerdote italiano Achille Ratti, el que es hoy S. S. Pío XI. Por su pequeñez y defectuoso emplazamiento lo substituyó Vallot en 1898 por el hoy existente, de madera, con dobles paredes, con cubiertas de chapas de cobre unidas a tierra para evitar los efectos del rayo. Vallot personalmente ha hecho la mayor parte de los estudios del Observatorio hasta 1920. En el Albúm que vimos en el Les Grand Mulets aparecen una líneas del sabio con motivo de su 34ª subida a Mont Blanc.

Después de un descanso de 30 minutos emprendemos la última etapa, a un paso lento, pero sin detenernos; ascendemos por las Bosses (Jorobas) del Dromedario, arista sobre la nieve, de 60 cm. de anchura con precipicios hacia Francia e Italia de más de 1000 mt. y llegamos a la cumbre a las nueve veinticinco de la mañana.

Estamos a 4.807 metros y la emoción nos embarga: unos abrazos muy apretados y un hurra por la Federación Vasco-Navarra, Deportivo de Bilbao, Club Mataire y Deportivo Orduñés es nuestra primer palabra compendio de una aspiración cumplida. En la cumbre nos encontramos una Babel de lenguas, un checoslovaco, dos alemanes, dos franceses, tres españoles y ocho guías franceses.

Desde el punto más alto del continente europeo contemplamos el magnífico panorama que nos otrecen los Alpes; todo un mundo de picos y montañas formando un gigantesco ángulo en cuyo vértice nos encontramos. Al Norte, sobre Chamonix, el pico de Buet, al N. E. en el lado del ángulo, los Alpes Peninos con el imponente Cervino destacando su característica punta, a su derecha el Breithorn y el Mont Rose; detrás los Alpes Bernoises encerrando entre ellos el valle alto del Ródano. Al E., a nuestros pies, el vacío, los valles italianos de Veni y Ferret, un poco más lejos el valle de Aosta, y mucho más al fondo, perdiéndose entre la bruma, se sospecha más que se vé, la silueta de los Apeninos.

Al otro lado del ángulo mira al Sur, hasta perderse en el Mediterráneo, señalando la divisoria de Francia e Italia el espinazo de los Alpes, y un poco a la derecha, los Alpes del Delfinado. Todo un mundo desde la cumbre nevada donde no queda ningún vestigio de Observatorio del Janssen, que al partir de nuestras residencias creímos encontrar. Janssen, entusiasmado por la idea y utilidad, del Observatorio Vallot, mandó construir a Eiffel en 1893, uno en la cima del Mont Blanc. La estructura era metálica, de 7 metros de altura, con una torre-escalera de dos metros. El movimiento del glaciar y la acumulación de nieves hundió el edificio; en 1908 no se veía de la torre más que algunos centímetros, y una grieta del glaciar se iniciaba debajo. En 1909 el observatorio fué desmontado, y todavía se vé en las cercanías del refugio un montón de tubos y chapas restos de aquel.

Permanecemos 20 minutos en la cumbre, con un frío intenso, a pesar de un espléndido sol. Al iniciar la retirada nos cruzamos con dos valientes y bellas señoritas francesas, que con dos guías proceden de Saint Gervais.

El descenso al Vallot es rápido, y, emocionante al pasar las Bosses.

Ahora en las cuerdas se han invertido los términos, detrás de cada viajero va un guía para sostenerle en caso de deslizamiento.

Un descanso de media hora en el Observatorio recogiendo a nuestro compañero completamente repuesto de la fatiga, y a las once iniciamos el regreso al Grand Mulets por el mismo camino de la subida, notando entre el Gran Plateau y el Observatorio unas grandes banderas rojas que deben servir de guía al aeroplano abastecedor, para dejar caer su mercancía por medio de paracaídas.

A las doce cincuenta y cinco, llegamos a los Mulets donde devoramos una parca comida; se liquidan las cuentas que por lo cuantiosas parecen las del Gran Capitán y firmamos en el album, haciendo constar un saludo al Alpinismo Internacional, en nombre de la Federación.

Son las dos y cuarto de la tarde, cuando salimos del Refugio dejando en él a tres franceses que acaban de llegar de Chamonix. Siempre en la cuerda, descendemos hasta la Montaña de la Cote por entre el dédalo de grietas que el día anterior pasamos; en medio del glaciar nos cruzamos con una simpática señorita colombiana que, con su hermano aspiran por lo menos llegar a los Mulets.

A las tres, se pisa tierra firme y empezamos el descenso a Bossons con toda tranquilidad. Un descanso de 20 minutos en el Hotel de las Pirámides, y una marcha forzada hasta la estación de Bossons, para no perder el tren de las seis de la tarde, son el feliz término de nuestra excursión alpina.

Camino de Chamonix, un poco envanecidos por nuestra conquista, reconocemos que la ascensión a Mont Blanc es dura, muy larga, nueva por la falta de costumbre de pisar hielo, emocionante en algunos pasos, pero factible para un buen grupo de nuestros compañeros federados. ¡Lástima que el Gigante de los Alpes esté tan distante de nuestro pueblo para nutrir un poco más el album de Mont Blanc con nombres españoles!

UNO DE LOS CUATRO

Octubre, 1926.

